

# el inolvidable encuentro con el Nobel

TEXTO ///

ENRIQUE KIRCHMAN Y LUCERO MALDONADO

FOTO ///

JAIRO COUMELIS Y KEN KARASAWA

En 2005, a sus 75 años, Robert John Aumann recibió el premio Nobel de Economía compartido con Thomas Schelling, por su contribución al análisis de la teoría de los juegos, que le empezó a interesar cuando conoció al célebre también ganador del Nobel (1994) John Nash. Actualmente, con 83 años, Robert Aumann conserva un envidiable sentido del humor y una perspicacia de comediante. Se aleja del estereotipo de matemático.

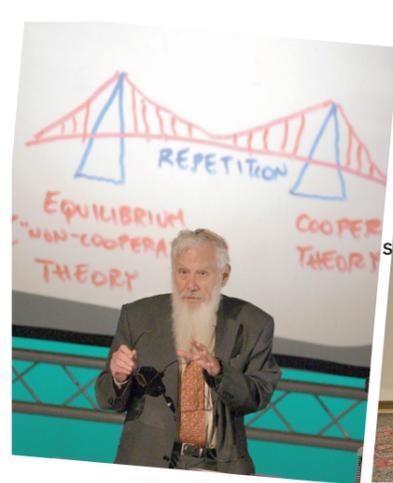
Fue un honor para el equipo de revista **K** conversar con tan interesante personaje. Nos hizo pasar a la sala de su habitación del hotel. Salió a recibirnos y rápidamente, muy atento dijo: "Faltan dos sillas", y él mismo las trajo de su habitación para que estuviéramos cómodos y relajados, tanto así, que el fotógrafo de **K** no titubeó en quitarse los zapatos para subirse a una silla y retratarlo.

El enfoque de la entrevista más que profesional fue íntimo, queríamos ahondar en su cotidianidad. A él le pareció perfecto. Sin embargo, nos llenaba de curiosidad saber, primeramente, cómo había conocido a John Nash, ese otro Nobel que interpretó Russell Crowe en **A Beautiful Mind**.

"Conocí muy bien a Nash entre 1953 y 1954, porque acababa de terminar su doctorado en Princeton. Él ya era bastante famoso, muy internacional, y había recibido una tutoría especial y prestigiosa en Princeton cuando recién terminó su doctorado y luego fue al MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) como joven instructor de matemáticas".

Cuando Aumann estaba por graduarse, Nash empezó a dictar clases a los primeros cursos en el MIT; pero ambos





—

tenían cierta cercanía. Se encontraban en eventos sociales y matemáticos. “Fue él quien me mencionó la teoría de los juegos, que en esa época no me interesaba. Yo estaba interesado en matemática pura. Hice una tesis de la teoría de los nudos, verdaderos nudos” —aclaró levantando su barba y señalando el nudo de su corbata— “que es una matemática muy profunda y desafiante”.

Aumann terminó su doctorado y se fue a la Universidad de Princeton, donde se dedicó a las matemáticas prácticas en investigaciones operacionales. Cuenta que en ese momento le plantearon un supuesto problema en los laboratorios telefónicos Bell que hacía referencia a defender la ciudad de ataques realizados por aviones, algunos cargados con armas atómicas y otros usados como señuelos. “La pregunta era ¿cómo manejar esta situación? No podía haber tantas armas atómicas a mediados de los años 1950, así que no podían cargar tantos aviones.

Me di cuenta de que este era un problema para resolver con la teoría de los juegos que Nash me había mencionado. Ahí vi que era aplicable y me dediqué a esa teoría gracias a que conocí a Nash en MIT”.

Su relación trascendió lo profesional para convertirse en una amistad. Aumann cuenta que Nash cayó enfermo en 1956 y no fue hasta principios de 1990 que empezó a recuperarse. “En 1995 vino a mi fiesta de cumpleaños en Jerusalén, cuando cumplí 65 años, y desde entonces nos vemos regularmente en conferencias y socialmente. Le tengo mucho aprecio”.

Para comprender un poco más del interés de Nash y Aumann en la teoría de los juegos, le pedimos que nos explicara de manera simple dicha teoría, y la ilustró con una anécdota de su infancia. “Yo solo tengo un hermano. Cuando era niño, nuestra madre solía darnos un pedazo de chocolate que dividía en dos mitades y nos daba una a cada uno. Alguno de nosotros siempre se quejaba de que el otro había recibido más y llorábamos. Entonces, mi madre optó por darme a mí el chocolate y me decía ‘dividelo en dos mitades y luego deja que tu hermano elija cuál mitad quiere’. Mi hermano ya no podía quejarse, porque él había elegido su mitad y yo no podía quejarme de que él tuviera más porque mi madre alegraría ‘¿por qué no lo dividiste en partes iguales?’. Me pediste un ejemplo sencillo...” —dijo riendo— “...ese lo es”.

Siendo economista, nos pareció propicio preguntarle sobre el auge económico que existe en Panamá. Saber si, por regla, toda economía en auge decae en algún punto. No terminamos de hacer la pregunta cuando interrumpió bromeando: “pero dijeron que no harían preguntas sobre mi trabajo”... “Sí, ya sé que están hablando de Panamá, cuya economía, tengo entendido está en auge. No, no. Cuando la economía está construida con bases sólidas, no tiene que decaer. Lo que no debe es estar demasiado basada en pedir prestado. Una parte de ella, sí, pero no demasiado; porque si después, de repente, no puedes pagar... Si la mayoría (de la economía) no proviene de préstamos y se utiliza con propósitos productivos y no para pagar concesiones, entonces estás en buen estado. Si pides prestado para pagar concesiones y estas no producen nada, entonces se va a pique”.

Cambiamos el tema por algo más mundano, sus pasatiempos. Nos mencionó que además de esquiar y estudiar el **Talmud**, le gusta cocinar. Si bien el Nobel solo desayuna una taza de café todos los días, la cena de un viernes en casa de los Aumann es un gran banquete lleno de platos cocinados por él y su esposa, donde comparte con familiares y amigos. “Te diré lo que comí el último viernes. De entrada melones, arándanos y toronja. Luego, sopa de alcachofas de Jerusalén. ¿Sabes cuáles son las alcachofas de Jerusalén? No son las normales. Es una raíz con un sabor muy especial. Mi esposa hace una sopa con esa raíz con la consistencia de una sopa de papas, con un sabor totalmente diferente. Después, como plato principal, comimos *gulasch*” —preparado por el Nobel—, “arroz con almendras y antipasto, que mi esposa preparó. También comimos zanahorias con pasas, ensalada verde con arándanos, una deliciosa compota de manzanas y ciruelas con cáscaras de limón y postre de chocolate con nueces. Todo lo acompañamos con vino tinto”.

#### ¿Y cuál es su receta de 'gulasch'?

“¡Por supuesto!, les puedo decir exactamente cómo lo preparo: tomas las cebollas y las cortas en tiras no muy finas. Luego las colocas en una cazuela con aceite de oliva. Si crees que tienes muchas cebollas es que no tienes suficientes”. —dijo riendo— “Tienes que usar muchas. Las frías hasta que se doren. Luego de haber picado la carne en pequeños trozos de 2 cm... (agregó que debemos elegir el corte del hombro de la vaca, ya que según su experiencia es el mejor para hacer *gulasch*) ...lo mezclamos con las cebollas, aproximadamente 10 minutos hasta que la carne suelte todos sus jugos. Después le agregas harina, vino y un poquito de jengibre. Lo tapas, lo dejas cocinar por una hora y media y después, si quieres, le agregas sal, pimienta y un poquito más de jengibre. Eso es todo”.

Esquiar también es uno de sus pasatiempos. De hecho, recientemente pasó vacaciones con su familia en los Alpes D’Huez, en Francia. Contó que el

+

**1**  
**en tu vida**



clan Aumann es muy grande, su familia inmediata supera las 49 personas, por lo que esa vez solo viajaron 21, entre su esposa, hijos y sus esposas, nietos y sus esposas y sus bisnietos. “Fue divertido. Cada día esquiaba con alguien distinto. ¿Alguno de ustedes esquiaba?”, preguntó a los cuatro miembros de **K** que lo observábamos sin pestañear. “Bueno, hay cuatro pistas, la verde es muy fácil, la azul es fácil, la roja es intermedia y la negra es para expertos. Un día acompañé a uno de mis bisnietos a esquiar por primera vez en la pista para expertos. Los chicos aprenden rápido, después él sólo quería esquiar en esa pista. Cuatro generaciones de mi familia esquiarnos en una pista para expertos: mi hija, su yerno, mi bisnieto y yo”. Le gusta tanto esquiar que cuando le preguntamos por alguna lección que le haya enseñado a sus nietos y bisnietos, respondió “aprender a esquiar”. También nos habló de sus últimas vacaciones de verano en Canazei, Italia, donde viajó con su nieto para hacer alpinismo. ¿Tanta energía y solo desayuna una taza de café?

**¿Y cuántas horas duerme una persona con una profesión tan importante que estuvo involucrada en trabajos con el Gobierno de EU con nivel de seguridad ultrasecreto?**

“Lo promedio, siete horas y media”.

**¿Algo le quita el sueño?**

“Usualmente duermo bien. Cuando no puedo dormir es por algo tonto. Por ejemplo, después de Panamá, viajaré a Perú y de ahí a Ecuador, a la jungla amazónica conocida como El Coca. Nos dijeron que hay un vuelo interno que no permite más de 44 libras de equipaje, y estaba preocupado de tener más de esa cantidad, porque viajo con trajes y también llevo ropa para expedición. Esto me mantuvo despierto pensando. Ese tipo de estupideces”.

Le preguntamos si la amenaza de una guerra con Corea del Norte le quitaba el sueño, y dijo tajante: “Ese tipo de cosas no. Si yo puedo hacer algo al respecto, entonces sí me



ROBERT AUMANN RECIBE EL NOBEL 2005.

preocupa, por si lo hice bien o mal”. Más le preocupa “por ejemplo, que en Israel, las personas mayores de 75 años deben pasar un examen médico y visual cada dos años para renovar la licencia de conducir el día de su cumpleaños. Yo adquirí el formulario en octubre pasado y tenía un mes para completarlo y devolverlo. Me enviaron una factura con un impuesto a pagar para renovarla. Lo ignoré y me la pasaba diciendo ‘mañana, mañana’. Hace tres semanas tuve la cita con el doctor y el oculista. Luego vinieron las fiestas de Pascua, todo estaba cerrado y se me estaba haciendo tarde para enviar los requisitos. La siguiente semana lo envié por correo, pero no expreso sino regular. Eso me mantuvo despierto toda la noche. Me repetía ‘Bob, fuiste tan estúpido. ¿Por qué no lo enviaste por correo expreso?’. Afortunadamente, al día siguiente, fui a la oficina de correo y el sobre todavía no había sido enviado, lo recuperé para colocarle la estampilla de entrega en 24 horas. Yo puedo hacer algo por eso, pero no por la guerra de Corea”.

Tal vez no pierde el sueño regularmente, pero pensamos que de seguro tenía una obsesión, a lo que respondió “Sí, estoy obsesionado con mi esposa”. Y soltó la risa. Insistimos si tenía algún mal hábito, algo que lo desequilibrara. En ese momento recordó que su hija psicóloga le tildaba de obsesivo compulsivo “porque suelo regresar y revisar las cosas dos veces. Por ejemplo, revisar dos veces si cerré



la puerta de la casa (y actuaba como si cerrara una cerradura varias veces). Esta mañana, después de la sinagoga, regresé al hotel para guardar mis instrumentos de oración y cambiar mis anteojos por unos de sol, porque íbamos para el Canal. Antes de irme, regresé varias veces para verificar que la caja fuerte estuviera cerrada. Es ese tipo de cosas las que me hacen tener una conducta obsesiva compulsiva”.

La niñez de Robert Aumann no fue la típica vida de un niño. Nació y vivió en Fráncfurt, Alemania, hasta los ocho años, cuando su familia emigró a Estados Unidos. La Segunda Guerra Mundial había estallado y su familia, de religión judía, corría peligro. “Déjame decirte algo de lo que recuerdo acerca de eso. Mis padres estaban económicamente bien, así que, desde cierto punto de vista, tuvimos una buena vida. Por otro lado, Alemania, en la década de 1930 no era un lugar placentero para los judíos. Había letreros en las tiendas que decían ‘los judíos no son bienvenidos en esta tienda. No se molesten en entrar, porque no queremos a los judíos’. Realmente había letreros. Algunas veces, de camino

al colegio, éramos golpeados por jóvenes nazis. Desde ese punto de vista, no era placentero crecer en Alemania en ese tiempo. Sin embargo, tuvimos una buena vida, no fue tan mala. Sí recuerdo a mis padres muy preocupados de viajar al extranjero, porque a menudo cuando un judío regresaba a Alemania de un viaje al extranjero, le confiscaban su pasaporte. Era muy traumático, porque sin el pasaporte no podías salir. En realidad, era un pasaporte a la vida. Actualmente, ¿qué es un pasaporte? Si lo pierdes, sacas otro. En ese entonces, el pasaporte era una fijación en mi mente. Más tarde, cuando la guerra de Corea estalló, en 1950, yo era ciudadano estadounidense, lo primero que hice fue correr a la oficina de pasaportes de Estados Unidos y conseguí uno. No tenía intenciones de viajar a ningún lado, pero quería un pasaporte estadounidense, era una necesidad psicológica.

De esos años, recuerdo claramente el 7 de diciembre de 1941: el día de Pearl Harbor. A mi hermano y a mí nos gustaba mucho el béisbol. Era un domingo por la tarde en que escuchábamos un juego por la radio y, de repente, se escucha “interrumpimos esta programación para hacer un anuncio”. Tenía 11 años y lo recuerdo como si hubiera sido hoy, fue ahí que anunciaron lo que había sucedido en Pearl Harbor por la mañana, pero nos enteramos en NY por la tarde, porque entre NY y Hawái hay seis horas de diferencia. Las memorias de mi niñez no son tan vívidas, recuerdo muy poco, pero este momento se mantiene vivo hasta el día de hoy. Nosotros seguimos la guerra muy de cerca. Teníamos dos primos viviendo en nuestra casa, que habían escapado de Alemania después de nosotros. Mi familia escapó en el verano de 1938 y ellos escaparon a Inglaterra y luego a Estados Unidos en 1939. Ellos eran mayores y se enlistaron en la armada estadounidense.

También recuerdo dos puntos de giro importantes durante la guerra: el primero fue la batalla de Stalingrado y el segundo

fue el Alamein en Egipto, en el cual (Erwin) Rommel era el general alemán y (Bernard) Montgomery, el general británico. Rommel había marchado con sus tropas desde Marruecos a través de África del Norte hasta Palestina”.

Para ahondar en el galanteo de un Nobel, se nos ocurrió preguntarle cómo conquistó a su primera esposa. Respondió tiernamente “ella me eligió a mí”. En 1953, Aumann conoció a Esther, su primera esposa, quien estaba de visita en EU. Dos años después se casaron. “Creo que mi primera esposa fue la que me eligió”, expresó, seguido de una carcajada. “Estar casado con ella fue una experiencia hermosa. Justo después que murió...” Hizo una pausa, se afligió, bajó la mirada al piso, la voz se le quebró y los ojos se le empañaron. Hicimos silencio y quedamos petrificados. En aquella sala de habitación del hotel ocurrió ese instante en que sin importar qué hacemos ni dónde provenimos, los seres humanos entramos en la sintonía del dolor de otra persona sin ser dueños de esa pena.

Esperamos a que el Nobel se compusiera. Esther había muerto en 1998 y, 15 años después, habiéndose casado nuevamente en 2005, todavía se emociona al recordarla. “...Durante el tiempo de luto, que dura varios días, vino muchísima gente. Muchísima. Había muchos aspectos ceremoniales que te mantienen a flote. Luego eso terminó y regresé a trabajar. Recuerdo que regresé al trabajo, estacioné el auto y me puse a llorar. Me tomó varios meses superarlo, pero estoy muy feliz de que ella me haya elegido”.



Para finalizar, teníamos curiosidad de saber en qué momento supo que era bueno para las matemáticas. Aumann respondió que su interés despertó en la secundaria, pero que solo le interesaba la geometría. Según él, la geometría de Euclides, los teoremas y los axiomas son las verdaderas y únicas matemáticas que se pueden aprender en la secundaria. Luego nos contó una anécdota de cuando hizo su examen vocacional para saber qué carrera estudiar en la universidad. “Tomé el examen y luego me entrevistaron. Cuando entré, me dijeron: ‘Aumann, tenemos buenas y malas noticias. La buena noticia es que eres muy bueno con tus manos, así que puedes ser mecánico, carpintero o algo parecido. La mala noticia es que hay dos cosas en las que no eres bueno: como maestro y como matemático’. Soltó una risa. “Yo era un chico de 15 años. Ellos no causaron ninguna impresión en mí, porque yo sabía que amaba las matemáticas. No me importó lo que dijeron. Sin embargo, un chico más sensible hubiera elegido mal”.

Robert Aumann se levantó y se fue a alistar para tomarle las fotos de este artículo. Entró a su habitación, mientras nosotros preparábamos el set. Algo quedó rondando en su cabeza con respecto a esta última pregunta y regresó. “Déjenme decirles algo más. Existe una razón por la cual ellos me dijeron eso. La razón es que yo pienso, hago y trabajo muy, muy lento. Esquío lento, escalo lento, hago matemáticas lento y camino lento. Todo lo hago muy lento. En estos exámenes hay un límite de velocidad y yo no era el más veloz. Yo soy como la tortuga de Aquiles, muy lento, pero al final llego. Pero ellos le pusieron valor a la velocidad, tal vez esa fue la razón”.

El fotógrafo —que seguía sin zapatos— se subió a la silla y tomó la foto. Luego decidimos que sería bueno una foto del Nobel mirándose al espejo... él mirándose, sonriendo, y nosotros viéndolo en ese mundo paralelo.

